

MAS, SINIBALDO DE (1809-1868)

ARISTODEMO

(Tragedia española)

ODA

¡O vos que en Helicón de sol vestidas
Esplendorosas alumbráis la tierra;
Vos que de mis pasiones veces tantas
Divas Pimpleas, adoráis la guerra!
¿Quién hay ya en este siglo ignominioso;
En que llorar del genio fue el destino,
Decidme, que gustoso
De vuestro canto escuche el son divino?

Pero sí; uno aun; un digno prócer
De Iberia amaneció para el consuelo:
El que el maestro, el que el amigo caro
Llevóseme dé Numa al sacro suelo:
De Marti, de Aribau esclarecido
El alto protector, ¿como no oyera
Con afectuoso oído
De un joven vate la expresión sincera?

Vé pues, ó mi canción; ante de él llega
Y dile en nombre mío: á ti, venido
Del cielo á nuestra patria; á tí, que el oro
No de Acidalia^Ω y Como dispendido
Tienes ante el altar, sino en fomento
Del comercio que ilustra y vivifica
Del saber, del talento,
A tí este ensayo un catalán dedica.

Acéptale bondoso, y así el Sirio
Mas feliz siempre al despertar te mire;
Tus campos Ceres abundosos dore;
Y Minerva^Ω benéfica te inspire;
Cual del amante de la Aurora sea
Tu carrera: en el néctar inundado
Véaste de Higyea

Y Pluto sin cesar gire á tu lado;

Y la radiante caprichosa Dea
Que de Ancio habita el delicioso monte
Premie tu virtud, y á tal altura
Sobre su rueda de oro te remonte,
Que puedas en el templo de memoria,
Tu bendecido nombre eternizando,
Ser de España la gloria,
Y el Mecenas del Séptimo Fernando.

Sinibaldo de Mas y de Sanz.

BREVES OBSERVACIONES

SOBRE ESTA TRAGEDIA Y SOBRE EL DRAMA EN GENERAL

Hallando yo un dia por casualidad en la historia griega el desgraciado suceso de Aristodemo: ¡Qué bello asunto para una tragedia! dije entre mí mismo. Recorrí velozmente con la imaginación todas las de los mejores autores franceses, ingleses é italianos que yo había leído, y en ninguna le hallé tratado.⁰ Resolví pues emprenderle como por via de pasatiempo. Tracé un plan, le dividí en actos según costumbre y empecé á escribir versos. Estando ya casi á la mitad de mi obra, y conociendo que el asunto era excelente para hacer una buena tragedia, comencé á reflexionar en ello seriamente. De aquí se siguió romper cuanto habia hecho; trazar un nuevo plan por el cual la escena jamás quedaba interrumpida, y convertir en prosa la verificación. El lector querrá saber la razón de tales mudanzas. Yo la diré.

La unidad de tiempo es una de las principales cualidades para que una representación sea natural. Consiste, como nadie ignora, en que esta no dure mas tiempo que el suceso mismo si realmente aconteciere. Un drama pues que empiece y concluya sin interrupción, debe ser perfecto en esta parte. No soy yo el único que ha hecho, tal reflexión. Es tan obvia que ya se ocurrió al primer poeta⁰ que fué á buscar en la naturaleza las reglas para su tragedia. La dificultad de ordenar un asunto interesante sobre esta base dió nacimiento á los actos. El autor se aprovecha de la interrupción de la escena para figurar que han transcurrido dos, tres ó mas horas; y asi representa en un corto espacio de tiempo lo que necesitaría un día entero. Esta libertad que á primera vista parece razonable, ha sido una de las primeras causas de los millares de piezas monstruosas que se han visto en todos los teatros del mundo, y particularmente en el nuestro, tan rico de composiciones bárbaras y descabelladas. Y no podía dejar de suceder. Un poeta comedido se contenta con un día: otro dice: si el espectador se figura que en el cuarto de hora que ha estado caído el telón han transcurrido una noche: ¿por qué no se ha de figurar también que han transcurrido veinte años? ¿Y cual razón oponer al que asi nos arguyera? Ninguna sólida.- Todos los autores modernos han sido mas rigurosos en la unidad de lugar. Si leemos á Racine,

Corneille, Alfieri, Moliere, Moratin, etc. hallaremos apenas una leve infracción de esta regla. ¿Será porque la han considerado mas esencial? ¿Será por la mayor facilidad de su observancia? No lo sé? pero lo que sí se puede asegurar es, que una falta en esta es mas disimulable que en la de tiempo. Por ejemplo: ¿qué dificultad hay en que dos ó mas hombres tramen en un lugar una conspiración contra la vida de alguno, y en seguida pasen á otro en donde se halla la víctima para perpetrar el delito? No solo esto es verosímil, sino que así suceden generalmente los grandes y los pequeños acontecimientos de la vida. Con todo, el espectador que sentado, en su luneta está viendo esta conspiración, no puede seguir á los conjurados; el tramoyista por medio de un telón hace desaparecer esta sala y presenta otra en la cual se halla el infeliz. El público queda pues transportado rápidamente á otra escena, donde ve el fin de la catástrofe. De aquí se deduce, que en un drama dispuesto asi, no hay inverosimilitud alguna, pues los actores podrían pasar realmente de una sala á otra cuantas veces fuere necesario para representarla, si el público pudiese seguirlos; y la imposibilidad de la ejecución dió lugar á la invención de los telones. -Volvamos ahora á la unidad de tiempo. Nada hay aquí que pueda hacer excusar la mas pequeña falta. Por natural que sea el drama, por mucho que interese, nadie se persuadirá jamás que en ocho ó diez minutos han transcurrido ocho ó diez horas. Se concluye un acto, tocan una sinfonía, vuelve á alzarse el telon, y aquellos mismos sujetos que hace un momento he visto en una tertulia ó paseando en un jardín, ya se han ido á la cama, han dormido perfectamente toda una noche, y vuelven á estar en el curso ordinario de sus tareas. Esto por mas que me digan, jamás me causará ilusión. -Que se divida una tragedia en actos; no me opongo á ello. Puede muy bien suceder que se trame en esta sala una conspiración, que vaya á ejecutarse á otro lugar, y al cabo de un cuarto de hora vuelvan los asesinos con los puñales teñidos de sangre anunciando la consumación del crimen. Todo esto será muy verosímil y natural, mientras que los hechos que nos relaten no necesiten para su ejecución más ni menos tiempo que el que han estado ausentes, y aun en este caso me parece que no debía dejarse caer el telón como se acostumbra, pues el espectador que se hubiere embebido completamente en el asunto, tendría los ojos fijos en la escena esperando la vuelta de los actores, y ponerle un velo delante seria quitarle necesariamente la ilusión. Con todo lo dicho creo haber demostrado suficientemente, que la estricta unidad de tiempo es tanto y aun mas esencial que la de lugar; y que mientras no sea tan larga que canse al espectador, una tragedia nunca interrumpida será la mas á propósito para enajenarle de tal modo, que se olvide del teatro y se crea transportado al sitio y época que se representa; único fin, dejando aparte la moral, de las ansias del poeta.

He excluido de mi Aristodemo la verificación, y en esto he tomado también por modelo á la naturaleza. ¿Qué es una tragedia ó comedia? La representación de un suceso que ha acaecido ó puede acaecer. Luego esta representación será tanto mas natural cuanto mas se aproxime á la realidad: y cualquiera circunstancia que conspire á destruir la ilusión de la verdad será un defecto. ¿Hay algún hombre, hay algún héroe que hable en verso? - Ciertamente que no. ¿Y no será pues un defecto, y ridículo, el que nosotros queramos presentar en la escena á cuatro ó seis de ellos, haciéndolos á todos por fuerza poetas é improvisadores? -¿Por qué no han pensado otro tanto los demás, me dirán algunos? ¿Por qué están las mejores tragedias del mundo escritas en verso? Mucho peso tiene esta objeción: preciso es confesarlo. Con todo, por entre el sinnúmero de obras que nos

conducen desde nuestros tiempos á los de Sófocles, me parece distinguir algunas razones por las cuales se puede creer que esta práctica se ha seguido mas bien por una rutina que por fundamento sacado de la naturaleza. -Todo el mundo sabe el origen de la tragedia. El himno á Baco que se cantaba públicamente por las calles sugirió á Tespis la idea de hacer hablar á algunos personajes, contestándoles los coros. Esquilo adelantó un poco mas. Sófocles hizo ya representar á algunos héroes un suceso grandioso y digno de admiración, y Eurípides siguió sus huellas. De aquí el uso constante de los coros en la tragedia griega. Esta tragedia no podía menos de ser en verso. El pueblo entero estaba lleno de los cantos de Homero. Los personajes de este poeta hablaban en verso. Si Sófocles hubiese presentado los mismos héroes ú otros semejantes hablando en distinto language, nadie hubiera querido oírlos. Por eso les calzaba el coturno, para hacerlos en cuanto le era posible gigantescos y sobrenaturales, que era la idea que de ellos se tenia formada. -Los coros de ningún modo eran esenciales para una buena tragedia. El primer legislador del teatro, el que supo inventar un género nuevo de poesía sin dejar nada para adelantar á los venideros, lo conocía sin duda tan bien como nosotros. Sin embargo, vió que no podía quitar los coros sin disgustar enteramente al pueblo y debió sacrificar la naturalidad, al deseo de tener espectadores. ¿Quién sabe si le sucedió lo mismo con el verso? -Todos los autores que siguieron á estos no hicieron mas que imitarlos, quedándose á mas ó menos distancia. El ejemplo de los unos empeñó á los otros, y quizá tuvo también en esto mucha parte el ansia de abrogarse el título esclarecido de poeta. Quítense á muchos autores sus tragedias ó comedias, y veremos qué les queda de poesía. -Este es el lugar á hacer una observación. No hay en el día uno solo que no esté penetrado de la arbitrariedad de la ley de Horacio sobre la división de la tragedia. A pesar de eso vemos que los clásicos autores ya nombrados han hecho casi siempre las suyas en cinco actos. El mismo Alfieri la había adoptado con tanta puntualidad, que alguna vez ¡cosa admirable! sacrificó el interés del plan á este precepto que ya todos tenemos por ridículo. ¿Podían haber hallado algún fundamento en la naturaleza para observarle? Podían tener para ello otro motivo que el de seguir el ejemplo de sus antecesores? Yo creo que no, y que lo mismo ha sucedido con el metro. -El verso, dicen algunos es susceptible de una sublimidad á que nunca puede alcanzar la prosa; da fuego al diálogo mas trivial, y cautiva vivamente la atención del auditorio por lo melodioso de su armonía. Es pues muy útil, es esencial en una buena tragedia. Estas razones son mas especiosas que fundadas. En una poesía lírica donde todo son imágenes pintorescas y magníficas, el verso, haciéndola melodiosa al oído, le viste las últimas galas. En un canto donde se trate de inspirar entusiasmo y elevar el espíritu, el verso ejerce tambien admirablemente su magia. ¿Qué prosa reemplazaría estos arrebatos de Quintana?

«Desenterrad la lira de Tirteo;

Y al aire abierto, á la radiante lumbre
Del sol, en la alta cumbre
Del riscoso y pinífero Fuenfría,
Allí volaré yo, y allí cantando
Con voz que atruene en rededor la sierra,
Lanzaré por los campos castellanos
Los ecos de la gloria de la guerra.
Dadme la lanza;

Ceñidme el casco fiero y refulgente;
Corramos al combate, á la venganza;
Y el que llegue su pecho á la esperanza
Hunda en el polvo la cobarde frente.

Parece que después de leer esto nos hallamos mas valerosos: parece que el alma se nos ha vuelto mas grande. Hace el efecto de una música guerrera. El objeto, pero, de la tragedia es muy distinto. Se trata de inspirar el terror y la compasión, para que las lecciones de moral que en ella se encierran queden profundamente grabadas en el corazón del espectador. El metro, á mi entender, no es el mas á propósito para causar estas impresiones, especialmente la última. Mas de una vez me ha sucedido al leer un trozo patético de buena prosa, sentirme tan afectado, hallarme acometido de tan cruel congoja, que me he visto obligado á dejar precipitadamente el libro si me he querido libertar de un desmayo; y he recorrido al mismo tiempo las elegías y tragedias mas fuertes con bastante serenidad. Yo creo que por el contrario muchas veces se pierde la amenidad y se debilita el fuego. ¡Cuanto hubiera ganado el teatro francés si jamás hubiese conocido el verso! ¿A quien puede causar deleite aquella lánguida monótona rima sino al que esté enteramente falto de gusto? Pero aun hablando del metro mas valiente y armonioso no le considero yo digno de tal preferencia. Deleita el oído, pero no habla al corazón. El artificio, no hay remedio, destruye la naturalidad. Algunos críticos modernos conociendo esta verdad nos proponen el verso asonantado ó libre diciendo que el escribir un drama en tercetos ó sonetos fuera un delirio: ¡Como si por ser libre dejara de ser verso! ¿Qué dirán en su favor? que el artificio no es tan sensible, que el oyente apenas le percibe... luego es perjudicial; luego vienen á mi razón y defienden mi partido.- Parece que son suficientes las razones expuestas; con todo aun quiero hacer una reflexión. Un poema épico se halla en distinto caso que la tragedia. En este el poeta es el que canta siempre: si hablan alguna vez los personajes, es por relacion del mismo poeta; y siendo verso su lenguajes tampoco pueden producirse ellos de otra manera. A pesar de eso, está ya demostrado que el metro no es esencial á un poema; y es bien cierto que si Homero, Virgilio ó el Taso hubieran escrito en prosa, los suyos no dejarían de ocupar en la lista de los clásicos el distinguido lugar que en el día obtienen. Y ¿quien se atrevería á negar al delicioso Gesner el nombre de poeta bucólico y poeta de los primeros que ha conocido el mundo? Pues si esto sucede en la epopeya y en la lírica, ¿cuánto mas no debía ser en la tragedia, donde jamás se oye al poeta y sí solo á héroes, á hombres como nosotros que están representando un suceso que ha acaecido ó puede acaecer? -Pero dejemos ya este punto. Alguno quizá con superiores conocimientos le ilustrará mejor que yo, lo cual fuera utilísimo para la estudiosa juventud; pues como dice muy bien Righetti hablando sobre esta materia:

«Si è parlato molto e non si è piantata una solida base, ne si è data un' idea concorde e generale che pure si dovrebbe avere del buono, del vero, e del bello.»

Ínterin llegue este caso yo no variaré mi opinión de que una pieza dramática para ser perfectamente natural debe estar escrita en prosa. El verso es un language divino y solo cae bien en boca de mi poeta.

Algunos criticarán los dos apartes de mi Aristodemo: El uno cuando el Gran Arúspice en la escena dice al jefe de su acompañamiento: *Id corriendo al pueblo... me entiendes?* y el otro de Talfindas en la , *¡Qué pensamiento!...* Es muy chocante que los actores no oigan lo que los espectadores, estando estos á tanta mayor distancia. Al primero contestaré que me parece disimulable. Talfindas y Aristodemo estaban poseídos de una vehemente pasión, y era muy fácil que no atendiesen al Gran Arúspice. A mas de que, si esta razón no convence, que se lo diga de tal modo que no llegue á oídos de persona alguna. Aunque el público no penetre su trama, Talfindas la explica con bastante claridad cuando exclama. *-Ahora te conozco. Los Arúspices que con el pretesto de que no oyesen mis blasfemias despediste, han sido los autores de esta conmocion.* Y al segundo, que nada me importa que Telamón le perciba. Si el actor que represente á Talfindas sabe desempeñar su papel, cuando exclame: *¡Qué Pensamiento!* hará entender. *¡Qué pensamiento se me ocurre!* y Telamón á quien la pasión le hace ser desconfiado, entiende. *¡Qué pensamiento tan loco, tan insensato etc.:* y por esta razón le interrumpe: *¿Qué dices? ¿vacilas amigo? ¿Qué dificultad puede haber?* Yo solo he señalado aquí el aparte, para dar á entender que Talfindas no debe hacer su exclamación dirigiéndose á Telamón, sino hablando á sus solas.

No me detendré en las unidades de acción y de lugar. Creo que estas leyes no están infringidas en mi tragedia ni por pensamiento.

Los caracteres era el escollo que yo mas debia temer.

ARISTODEMO ha de estar poseído de un vehementísimo ardor patriótico, pues que á él sacrifica cuanto tiene de mas caro. Ama entrañablemente á su hija, y este cariño debe llevarse á tan alto grado que le haga olvidar de su primera pasión. Le he pintado colérico y orgulloso de su autoridad, para hacer verosímil el arresto de Dirce; y algún tanto ambicioso, para dar apoyo á su determinación de suspender el sacrificio. Este paso si se consideran los sentimientos que ha desplegado al principio de la tragedia, exigía gran delicadeza. Le he enternecido primeramente por medio de Dirce; Telamon en seguida prosigue la obra, Talfindas antes que se desvanezcan estas impresiones favorables, le convence con razones, le pone en duda la fé del Gran Arúspice, le anuncia socorros, y le halaga con la ambición. Me he valido de cuantos recursos estaban en mi mano para hacerle natural, y aun no sé si lo he conseguido. Este carácter era en extremo difícil de sostener y es donde mas debo pedir indulgencia.

DIRCE es un personaje que se presenta con poca lucha de pasiones, y por consiguiente bastante fácil de desempeñar.

TELAMON podía parecer mas interesante. Dándole el tormento de los celos sería sin duda un personaje mucho mas trágico. Pero aqui se presenta una dificultad. Al momento que concibiese estos celos querría volar á vengarse y ¿como podia yo detenerle? No ha sido pues forzoso reservar este lance para el final, donde su arrebató me hace al mismo tiempo mucho servicio, impeliéndole á salir de la escena en el instante en que, considerado su carácter, no tenia otro recurso que matarse á sí mismo.

EL GRAN ARÚSPICE debía pintarse del modo mas odioso para hacer recaer toda la piedad sobre su víctima. Con todo no he podido menos de poner en su labio algún remordimiento para hacerle parecer hombre. Yo no podía figurarme mi corazón tan duro, que no sintiese absolutamente compasión de la desdichada Dirce. Por lo demás este inicuo no debía quedar impune. Matarle en la escena era grosero, atendida la dignidad de su clase, y era á mas convertir el teatro en una carnicería. He dejado pues á Telamón el cuidado de su castigo, y debemos creer que sabrá desempeñarle.

TALFINDAS, es un personaje que me ha dado mucho que pensar. Era fácil ennoblecerle como los demás, fingiéndole hermano de la esposa de Aristodemo y llenarle de pasiones vehementes. Si hubiera de seguir los consejos de Alfieri así debía ser. Pero ¿no es mejor que este papel medio haga contraste y realce los otros sobresalientes? y no será también bueno dar un poco de tregua á la continuada ansia del espectador? Yo soy tan enemigo como él, de caracteres bajos ó fríos en la tragedia; pero me parece que Talfindas no es tan indiferente en la acción de la mía, que deba mirarse como indigno de ella; mayormente cuando toma con el mayor calor al sobrevenir la muerte de Aristodemo y su hija, el tono patético de un primer personaje.

Mas de cerca he seguido al ilustre Conde en sus demás preceptos, de que la acción corra con cuanta mayor sencillez sea posible á su fin, aumentando siempre el interés; que no se halle escena alguna fria; que los personales jamás estén en inacción; que los soliloquios sean apasionados y el desenlace imprevisto.

EL ESTILO ha sido uno de los mayores obstáculos que se me han presentado. Este autor italiano se quejaba de que no hallando en su nación modelo alguno digno de imitación, había tenido que inventarse un verso nuevo puramente trágico. A mí me ha sucedido mucho peor, pues no solo en nuestro teatro tan pobre en este género,^o sino en ninguno de los extranjeros, se halla una pieza clásica que no sea en verso. -Esta prosa magnífica, armoniosa y patética, esta prosa trágica, yo me la figuro en la mente, pero no he sabido tal vez producirla. Suplico pues á los panegiristas del verso, que no la saquen por ejemplo contra las razones que he expuesto al tratar de este punto. Yo confío que saldrá algún día quien me haga quedar victorioso. -El fuego, la ternura, la verdad en los caracteres, serán otras tantas faltas que se notarán seguramente en varios puntos de mi Aristodemo; pero entonces seria una tragedia perfecta, y esto hubiera sido mucho exigir de mi edad y conocimientos. Yo espero que los inteligentes me señalen estos defectos para poderlos corregir y hacerla así mas soportable. Espero también que otros mas capaces que yo tomen á su cargo el vengar la mengua de nuestro teatro trágico, casi reducido ¡quien lo creyera! á frías é insulsas traducciones: que yo contento con haber hecho cuanto he sabido, me tendré por muy dichoso si puedo algún día atreverme á pensar, que despertando el estímulo de los hombres de genio, tan comunes en nuestro malogrado país, he contribuido en algún modo con mis débiles fuerzas al fomento de la literatura y á la gloria de la nación.

ARGUMENTO

Protestando los Espartanos algunas injurias recibidas de los Mesenios, subieron al monte Taigeto y descubriendo desde allí sus campiñas, juraron no volver á Esparta hasta haberlas conquistado. Entraron efectivamente en la ciudad de Anfea, y hallando desprevenidos á sus habitantes los pasaron todos á cuchillo. Siguieron en seguida adelante, y los Mesenios tuvieron que encerrarse en la pequeña fortaleza de Itoma. En este estado declaró el Oráculo de Delfos que para conseguir la victoria, era preciso sacrificar á los dioses infernales una núbil virgen de la sangre de Epito. Aristodemo, pariente de Eufaes, que reinaba en aquella sazón, ofreció su hija. En el acto de anunciarte su destino, se opuso abiertamente la madre y amenazó ocultarla donde no pudiese ser hallada. Aristodemo para burlar esta amenaza manda conducirla al palacio del rey: hace encerrar á su hija dentro su aposento; queda solo considerando el infeliz estado en que se halla, y en este instante empieza la tragedia.

PERSONAGES

ARISTODEMO, *padre de*
DIRCE, *prometida esposa de*
TELAMON, *príncipe de Mesenia.*
GRAN ARÚSPICE.
TALFINDAS.
ALCESTES, *gefe de la guardia.*
Arúspices.
Esclavas de Dirce.
Oficiales.
Soldados.
Pueblo.

La escena representa una sala del palacio de Aristodemo; hay una puerta en el centro, otra á la derecha y dos á la izquierda. Se ve en un lado una mesa con recado de escribir y algunas sillas; todo al uso griego antiguo.

ARISTODEMO

(Tragedia Española)

Escena I

ARISTODEMO.- A hórrida prueba se prepara mi corazon... ¿Qué importa? Me verán. Yo mismo conduciré mi hija á la muerte. ¡Cuan gloriosa es para mí esta prueba! Sí; pero atroz. Yo la veré espirante... ¡Ah! me estremezco. ¿Cuando se ha visto un padre en tan bárbaro conflicto? ¡Númenes crueles! ¿Por qué la vida me conservasteis? ¡Y en qué

instante la pierdo! ¡Ay triste! cuando esposa iba á ser del príncipe heredero. ¡Ah! se acabó mi consuelo, mi gloria, mi esperanza... O patria, patria, ¡cuanto me cuestas!

Escena II

ARISTODEMO, TALFINDAS.

ARISTODEMO.- ¡O amigo mio! ¡cuan á tiempo llegas!

TALFINDAS.- Tambien yo venia en busca tuya, Aristodemo, porque sumamente absorto estoy de cuanto sucede. Siempre he venerado altamente tus decretos; pero hoy, perdóname, tu conducta extraordinaria me sorprende. Sé que la infortunada Dirce encerrada ha sido dentro su estancia como una delincuente; ora mismo á tu noble esposa acabo de ver desecha en lágrimas, desesperada, entre soldados... ¿Qué es esto señor? Aun no son bastante infelices? quieres tú hacerlos apurar hasta las heces el caliz de la amargura? Será que tu valido inquirir ose la grave causa de tan crueles disposiciones?

ARISTODEMO.- ¿La causa dices? ¡Ah! ¡Si yo mismo pudiese ignorarla! ¡O fatalidad la mia! El alma se me parte de dolor, y he de fruncir el torvo ceño de un tirano! mi hija encerrada; flébil su madre, yo mandé arrancarla... ¿pero qué? ¿no ha sido ella la que orgullosa y soberbia á este paso me ha forzado? Escucha; ya tú sabes, amigo mio, el funesto oráculo que nos trajo el Gran Arúspice de Delfos.—^o Junto con él y el rey, cumplirle hemos resuelto sin dilacion. Arde el peligro; perdernos puede el mas ligero instante. Inflamado de ardor patrio, llego, componer el semblante procuro, y con voz resuelta le anuncio su infausto destino. Tú, amigo Talfindas, su virtud conoces; llena de heróicos sentimientos ya gustosa se resignaba á la voluntad del cielo. No empero así su madre; mas enfurecida que la leona cuando divisa á lo lejos el rapto de sus cachorros, me mira con ojos centellantes, me abrumba de baldones é improperios, y con todo género de insultos mi cólera provoca. Ya yo fuera de mí y encendido en ira, trato de castigarla. Intenta entónces Dirce defenderla: este nuevo desacato mas y mas me irrita; en fin, ¿lo creerias? mi esposa con audacia inaudita esclama. ¡Monstruo abominable! no serás tú el verdugo de mi hija inocente; no, te lo juro; yo en asilo la pondré donde no la alcance tu furor. No pudiendo ya soportar tanto ultrage, é incapaz de refrenar mi enojo, mándola conducir inmediatamente al palacio del rey, mi pariente. En él detenida estará é impotente hasta que se haya el trance consumado. En seguida aseguro á Dirce dentro su aposento. Allí á cubierto la tengo de cualquiera loca asechanza. Solemne orden han recibido las guardias de que con nadie comunique. Verémos ahora quien será el arrogante que á mis decretos se oponga.

TALFINDAS.- Nadie, señor; pero ¡qué de lágrimas te ha de costar ese valor que tanto ostentas!

ARISTODEMO.- No me lo recuerdes.

TALFINDAS.- Y no se podría hallar algún remedio á tan fatal infortunio?

ARISTODEMO.- Remedio? ninguno, Ya lo oistes. Terminante lo impone el Oráculo.

Muera una virgen de la sangre clara
De Epito, y brillará la antigua gloria:
Pluton la espera; presto vaya al ara,
O salud no se implora, ni victoria.

¡Ah! No hay otra; ella es: estas palabras el reposo me quitan de noche y de día. En la mesa, en el campo en el lecho, á todas horas me están murmurando al oído. De allá viene la voz. ¡Oh dioses! Ya os oigo. Sí; se cumplirá vuestro decreto, y pronto.

TALFINDAS.- ¡Ah señor! ¡Qué ilusiones te fascinan! Otra sangre aplacaría tal vez la ira del cielo. Una hecatombe de nevados toros...

ARISTODENO.- No, Talfindas, no; todo se ha propuesto, y todo ha sido en vano; ya lo sabes. El Gran Arúspice patriótico y humano sin igual, entrañas ha consultado, nubes, cantos de pájaros, sueños, visiones... y al fin declara á pesar suyo que es indispensable ¡ay triste! que mi Dirce muera.

TALFINDAS.- ¡Horroroso infortunio! ¿Y será que tanta belleza, tantas virtudes reunidas, hayan de caer al golpe de ensangrentada cuchilla? ¡Bárbaro sacrificio! ¡á cuantos funestarás los días! Telamon, ¡ay! ¿cómo consolar al desventurado Telamon?

ARISTODEMO.- ¡O amigo! ¡cuanto te agradeciera si evitarme pudieses su presencia!

TALFINDAS.- Arduo empeño es sujetar un instante su impetuoso carácter. Con todo tentaré... ¿mas qué digo? ¿No es él el que corriendo sí; él es, no hay duda. ¡O cielos! Mírale cual llega.

Escena III

TELAMON, ARISTODEMO, TALFINDAS.

TELAMON.- Y es cierto señor, dime, que inmolar pretendes á tu hija, á mi amada? ¿cual furia te ha inspirado? ¿Y piensas, crudo, que yo lo he de sufrir? ¿Crees acaso que esté mi brazo inerte? Ella en breve habia de ser mi esposa; tú mismo inflamaste nuestro amor hasta el delirio. ¿Por qué no la ahogabas en la cuna? Ora ya no es tiempo, ora es mia. La vida me has de arrancar primero; en sangre nadarán este suelo y estos muros...

ARISTODEMO.- ¿Qué es lo que dices, bárbaro? ¿Quien eres? ¿Quien? Y asi se atreve tu imprudente labio á insultarme? ¿Tú haces aqui votos de sangre, y el enemigo impune triunfa de nuestra afrenta, y arrogante nos asedia? ¡O ignominia! Mas valiera pensaras solo en la venganza. ¿Has, olvidado los ultrajes que hemos recibido? ¿no oyes los hondos alaridos que levantan las inocentes víctimas de Anfea? ¿Qué horror, qué infamia no sufriera esta sorprendida inerme ciudad? En medio de la paz mas serena, horrible irrupcion cae de Espartanos. Todo lo pasan á cuchillo sin compasion. Niños, ancianos, débiles mugeres, nada escapa á su furor. Incendia, devora el fuego lo que el hierro no destruye. Sobre la punta de la lanza se alzan al cielo como en triunfo los infantes de pecho. En sangre tintos, cubiertos de polvo y humo, cual furias vagan, nunca saciados de pillage, de estupro, de matanza. Nada se respetó. ¡Aciago dia! Allí cayó al suelo sin defensa, la imbele tremulenta vírgen, y violada, ¡ó rabia! y por premio despues traspasado crudamente el pecho. Deshonrada impúdicamente la casta matrona, y este el consuelo fué que tuvo en la extrema agonía el mísero acuchillado esposo. Sembrada se vió de palpitantes víctimas la tierra. Los arroyos de sangre reflejaban la luz del sol. Infestaba el ambiente; ahogaba el humo; flacos gemidos, moribundos ayes se oian solo en tan vasta ruina, que iban clamando por venganza al cielo.

TELAMON.- ¡Oh memorias horrosas!

ARISTODEMO.- No pararon aqui; mas insolentes con el cobarde triunfo, marchan soberbios, se adelantan, despedazan, huellan cuanto encuentran al paso. Opimos frutos, verdes sembrados, todo cae so su planta feroz. ¡Nuestros ricos rebaños, nuestras doradas campiñas... todo ha sido debelado. ¡Ah! ¿cual humillacion nos restaba ya? Nos persiguen osados, al último rincon de nuestra patria nos reducen. Sí; en Itoma estamos, y agoviados de la peste, y estrechamente sitiados. Aquí yacen de nuestros antepasados las sacras cenizas. Me parece que las veo azoradas... ¿oyes? tiemblan que en breve las esparzan los vientos. Qué, ¿sufrieras vil...

TELAMON.- Yo sufrir?... ¿Y quien de ese día mas encarnizado que yo? ¿Cual lanzase ha teñido mas en la enemiga sangre que la mia? ¿Quien ha encendido el fuego en nuestras tropas desmayadas? ¿Quien las ha conducido tantas veces á los sangrientos campos do el bárbaro Espartano ha probado rabioso su valor y su desesperacion? ¿Quien mas constancia opuso á la suerte impia, en la última dolorosa pelea do tantos insignes defensores de la alma patria magnánimamente sucumbieron? Allí de heridas mil cubierto, desesperado...

+ ARISTODEMO.- Sí; tus hazañas, príncipe invicto, gloria son inmarcesible de tu nombre y de Mesenia toda. Espantosos estragos ha hecho en los combates tu ponderosa lanza...

TELAMON.- A todos ellos me acompañaba la imagen de mi Dirce.

ARISTODEMO.- Digno eras de poseerla. ¡Cuan feliz hubiera sido en tus brazos! ¡Dichosa ilusión que he alimentado mientras el horizonte nos lucía sereno! Mas que vosotros deseaba yo este enlace. Cercano estaba ya el dulce instante de llamarte hijo mio...

TELAMON.- ¿Y qué? ¿te obstinas insensible en renunciar á tan grato nombre? ¿Asesinar mi amante?... ¿Tú, su padre? ¡cielos! ¿Qué delito...

ARISTODEMO.- ¡O cual te ciega la insensata pasión! ¿Quién jamás de tu labio lo esperara? ¿Qué pretendes? Tú, generoso sosten de la patria, egoísta me quisieras y cobarde? ¿No soy yo por ventura Aristodemo? No corre por mis venas la noble sangre de los ínclitas Heraclidas?^Ω Tengo en mi mano la salvación del pueblo entero, y di ¿quieres que débil tiemble al heroico sacrificio, y cubra para siempre de ignominia mi execrable nombre? ¿Quién salvará la patria?

TELAMON.- Mil valientes que yo convocaré á la lid. Por todas partes acudirán impertérritos caudillos. A los pueblos, á las sierras, á las playas mas remotas, y basta en las concavas cuevas de los montes retumbará mi voz, fuerte como el trueno. ¿A quien interesa mas que á mí? No pierdo yo una diadema? Aunque cobardes me abandonen todos, yo bastaré; yo solo. Desesperado, furioso, me precipitaré como un rayo sobre ellos. Mi lanza romperá cuantas falanges se me quieran oponer. ¡Ah! no lo dudes, no podran soportar tan larga y tenaz resistencia; huirán...

ARISTODEMO.- ¿Y olvidas ya que devorando con ávidos ojos desde la empinada cima del Taigeto, las fértiles campiñas nuestras, dominarlas juraron ó morir todos en la empresa? Ya conoces el carácter de Esparta. No volverán atras.

TELAMON.- ¿Qué importa? Así perecerán todos. Su negra sangre á nuestros campos servirá de riego. Hollada será en breve su enhiesta frente. Sagrada y justa es nuestra causa. El mismo cielo nos prestará su apoyo.

ARISTODEMO.- ¡Insensato! ¿En el cielo confias, y contra su voluntad te revelas? Mi hija es la única que su ayuda impetrar puede sobre las aras: sí, morirá; su muerte el Iris será á un tiempo de salud y de victoria. Los dioses soberanos son inescrutables y lo quieren así.

TELAMON.- Los dioses soberanos, ni injustos ni bárbaros son. ¿Y qué ¿Piensas tú que vieran sin indignación sacrificada en su nombre una víctima inocente?

ARISTODEMO.- ¿Y no han sido por ventura ellos mismos los que la han exigido? ¿No oíste de la sagrada sibila las palabras?

TELAMON.- ¿De la sagrada sybila? La voz de la razon es la que yo escucho. No provino esa horrorosa inspiracion de dioses benéficos y humanos: no: falsas la trípode son y la cueva, é impostor el Oráculo...

ARISTODEMO.- ¿Qué he oido? Huye, huye, impío; apártate de mi vista. ¿Asi te atreves á blasfemar, soberbio?

TALFINDAS.- ¡Ah señor! Ebrio el desgraciado de amor, herido en lo mas vivo de su llaga mortal, se desespera y habla fuera de sí.

ARISTODEMO.- En el instante en que ayudarme debiera á confortarla! ¡Cuando prontas estan ya las libaciones que llevarán envueltas nuestras preces para aplacar al padre del Olimpo!^Ω

TELAMON.- Humo de sangre es lo que llegará á su sólio, y él la alma faz esconderá horrorizado, por no aspirar tan execrable incienso.

ARISTODEMO.- ¡Obcecado! ¿De do te ha nacido tan procaz ardimiento? ¿Tú osas en mi presencia...

TALFINDAS.- Disimula, perdónale su error.

ARISTODEMO.- El cielo es el que le ha de perdonar. Lejos yo entre tanto me marchó de un impío que asi á los dioses insultar se atreve, porque tiemblo que se abra la tierra y nos sepulte.

Vase.

Escena IV

TELAMON, TALFINDAS.

TELAMON.- ¡Estólido! Tú tiembas... Sí; de mi despecho, de mi venganza has de temblar.

TALFINDAS.- ¡Ah! modera esos transportes: ¿Qué lograrás?¿exasperar su carácter altivo...

TELAMON.- ¡Y qué! ¿permitiera yo mudo é inmóvil que cayese inmolada mi amante? ¿Aquellos ojos que tanto he adorado se cerrarian para siempre? el labio amoroso ya nunca mas mi nombre pronunciara? ¿Habria yo de ver lívida su faz de rosa?... El albo cuello, rojo de sangre... ¡Oh! que solo al pensarlo me estremezco, y tiemblo de furor. ¡Ah! tal atentado, lo juro, no se perpetrará, no; nunca, mientras yo respire.

TALFINDAS.- ¿Y cual es tu intencion? ¿como salvarla?

TELAMON.- ¿Como? mi padre...

TALFINDAS.- No confies en el apoyo del rey; su cetro, su vida, el ejército, Mesenia toda, cree el estar pendiente de este sacrificio funesto.

TELAMON.- El pueblo entero convocaré á mi alrededor: hablaré con fuego, y oirán de mi labio la verdad; lo prometo. Yo rasgaré la ignominiosa venda que los tiene obcecados; patentes haré las fábulas indignas con que esos egoistas Arúspices los llevan engañados: les haré ver cuan absurdos son esos oráculos, cuan imposible que el altísimo y piadoso autor de la naturaleza en la sangre se deleite de una víctima inocente...

TALFINDAS.- ¿Y asi pretendes libertarla? ¡Incauto! ¿Crees tú que persuadirán esas palabras á un bajo pueblo, rudo y supersticioso? Les convencerás tú de que mentidos son los sagrados furores de una sybila á que humillados se prosternan? Por delirio tendrán cuanto profieras; y tiembla que contra tí furiosos se indignen...

TELAMON.- ¿Y qué? ¿No tengo yo por ventura amigos libres de esa torpe ignorancia? Conmigo se alzarán.

TALFINDAS.- ¡Oh! como te engañas! ¿Quien será el imprudente que al furor de un tal pueblo se oponga? ¿Quien, aunque esas verdades conozca, es harto osado para anunciarlas? ¿Esperas hallar en todos los corazones tu desesperacion? «¡Al impío! ¡al impio!» clamarán en nombre del cielo los Arúspices furiosos; el pueblo ignoble levantarán en masa; á las caudillos todos del ejército, al rey tu padre infundirán el mas horrible espanto. Presagiarán pestes, desastres, rayos vengadores del iracundo Tonante: Tú tenido serás de todos por un frenético malvado, y ellos despues echarán en tí secretamente su venganza.

TELAMON.- ¡Ah! No harán tal, primero prevendrá mi furor su perfidia. Yo derribaré con mi espada esas aras execrables; yo hollaré, aniquilaré cuanto instrumento sirve en los sacrificios; su cabeza caerá tambien sobre ellos si se atreven á oponerme resistencia...

TALFINDAS.- ¿Y de qué te servira ese arrebató sino de infamia y perdicion indubitable? ¿No valiera mas recurrir á un medio prudente?

TELAMON.- ¿Un medio? ¿Y cual?

TALFINDAS.- Escucha; Entra un oficial por la izquierda. ¿Tú qué quieres?

OFICIAL.- Señor, vengo en busca de Aristodemo para advertirle que el Gran Arúspice se avecina á este palacio.

TELAMON.- ¿El Gran Arúspice?

TALFINDAS.- Dentro su estancia le hallarás.

Se va el oficial.

TELAMON.- ¿A que vendrá ese bárbaro á este sitio? ¿Contra mi Dirce? Tentado estoy para detenerle... Sí...

TALFINDAS.- ¿Y qué te importa ahora el motivo que le conduzca? Salvemos la inocente de su cuchilla...

TELAMON.- Dime, amigo, dime ese proyecto. ¿Robarla? ¿Huir?

TALFINDAS.- Aristodemo va á salir aquí para recibirle. No es prudente que seas visto. Huyamos á mi aposento. Ven y lo sabrás.

TELAMON.- Vamos.

Se van por la izquierda.

Escena V

ARISTODEMO, GRAN ARÚSPICE, Acompañamiento de este.

Sale ARISTODEMO por el centro, el oficial sale también y vase por la izquierda. Al mismo tiempo entra el GRAN ARÚSPICE.

GRAN ARÚSPICE.- Guárdete el cielo, príncipe.

ARISTODEMO.- Él nos conserve largos años tu vida tan preciosa para todos. ¿Cual tutelar genio ha guiado tus pasos? ¡Ah! en el duro conflicto en que me encuentro, los altos dioses sin duda para mi consuelo aquí te envían.

GRAN ARÚSPICE.- Sí, ilustre Aristodemo. Consternado me tiene tu infortunio: á mezclar vengo con tus lágrimas las mías; la tierna amistad que nos une, y mas que todo el sagrado ministerio que ejerzo, ese lastimoso deber me imponen. Sé que no hay remedio para el pesar que te aflige; muerte inevitable aguarda á tu Dirce. Dolorosa es la situación en que te veo: pero ¡ah! yo no puedo hacer mas que adorar ciegamente voluntad tan sagrada, y confortar á la víctima para el holocausto, si tú lo apruebas. Placen mucho á los dioses los sacrificios voluntarios, y ese encargo es para tí demasiado violento.

ARISTODEMO.- ¡Ah! ¡cuanto me enternecen tus cuidados, benigno Arúspice! ¡Si supieses hasta qué punto llegan mis penas! Furiosa mi esposa ha intentado oponerse al Oráculo...

GRAN ARÚSPICE.- Ya del caso enterado estoy; vengo del real palacio, sabia y prudente ha sido tu precaución. Preciso es que no salga de allí hasta que el espíritu de tu Dirce haya pasado la Estigia.⁰

ARISTODEMO.- Así será: pero Telamon está desesperado. Su audacia no tiene límites: sus transportes me hacen temblar algún desastre. No ha muchos momentos que furioso y arrebatado me ha llenado de improperios.

GRAN ARÚSPICE.- ¿Y qué has hecho tú?

ARISTODEMO.- He refrenado mi despecho y me he retirado por no oírle...

GRAN ARÚSPICE.- Muy propio de tu moderación ha sido ese modo de obrar. Pero ¡cuantos desordenes pueden sobrevenir de semejantes desacatos! Yo creo que harías mejor en dar parte al rey para su debido castigo.

ARISTODEMO.- No hables de castigos. Hartos motivos tenemos ya de llanto. ¿Como he de condenarle yo, si sus quejas me parten el corazón cuando la calma vuelve á mi entendimiento? ¡Ah! hijos son sus delirios de la pasión vehemente! Loco la idolatraba, y en un instante se la ve arrebatada, y sin remedio y... tan desdichadamente!

GRAN ARÚSPICE.- ¿Y si furioso comete algún escándalo?

ARISTODEMO.- Eso mismo es lo que yo temo. Imposible es que el sacrificio se lleve á efecto mientras suelto tenga el brazo ó en Itoma respire.

GRAN ARÚSPICE.- Yo prevendré á ese obstáculo un seguro remedio. Yo haré que en el crítico momento se halle ocupado lejos de las almenas del castillo.

ARISTODEMO.- ¿Y como?...

GRAN ARÚSPICE.- Haré dar al Monarca, por un falso espía el aviso de que los enemigos en fin el asunto queda á mi cargo. Descansa sin temor en el tierno interes que la patria y tu dolor me inspiran.

ARISTODEMO.- ¡O virtuoso Arúspice! ¿Cuándo podré yo pagarte tantos beneficios?

GRAN ARÚSPICE.- Harto pagado quedaré si la destruccion de Mesenia evitar logramos. Saber el dia en que tienes intencion de dar cumplimiento al Oráculo sagrado es lo que ora importa.

ARISTODEMO.- ¿El dia... ¡Ah! Tú que lees la voluntad de los dioses podrás mejor que yo disponerle: ¡Ay triste de mí!

GRAN ARÚSPICE.- Hoy mismo.

ARISTODEMO.- ¿Hoy mismo?

GRAN ARÚSPICE.- Sí; esta noche. ¿A qué dilatarle mas? ¿Y si intenta el enemigo un asalto? ¿Qué obstáculo oponer á unos destructores feroces protegidos por el cielo? ¿No está resuelto? ¿A qué aguardar pues? ¿Te falta valor?

ARISTODEMO.- ¿A mí valor? No; nunca: ¡oh patria! voy...

GRAN ARÚSPICE.- No: detente; aun no es tiempo. Déjame que arregle primero el modo de hacer salir al Príncipe, y torno en seguida á prepararla. Tan pronto como se halle fuera de estos muros, irá sin tardanza al templo y antes de dos horas quedarán cumplidos los divinos decretos.

ARISTODEMO.- ¿Dos horas? ¡Ah hija mia!

GRAN ARÚSPICE.- Aristodemo, piensa en la patria; adios.

Escena VI

ARISTODEMO.- ¡O fatal suerte! mi hija!... mi patria!... funesta alternativa! -¿Pero, qué? ¿lloro yo cobardemente? En inminente peligro está Mesenia. Va á perecer sin arbitrio. Horrible es el remedio que resta... pero está en mi mano. Préstese pues y... pronto, que hoy, hoy he de probar al Pueblo entero quien es Aristodemo. Se va por el centro. ^Ω

Escena VII

TALFINDAS, TELAMON.

Sale TALFINDAS por la derecha y despues TELAMON por la izquierda.

TALFINDAS.- Telamon! Telamon!

TELAMON.- ¡O como he sufrido! cuan larga... pero dime; ¿el gefe de la guardia...

TALFINDAS.- Sí; ya te dije que Alcestes mi mayor amigo, estaba hoy de gefe de la guardia en palacio. Ha consentido al momento...

TELAMON.- ¡Oh gozo!...

TALFINDAS.- Aun mas; he entrado, he hablado con ella; todo está ya presto. Pretendia resistirse. El pudor virginal, el temor al padre indignado, eran graves obstáculos á nuestro deseo. Pero le he dicho que acabas de llegar de palacio; cree que has visto á su madre y solo de ella tienes que hablarle. Esto la ha decidido. Pronta está ya...

TELAMON.- Vamos, vamos.

TALFINDAS.- Detente; gran peligro corremos todos si en su aposento nos introducimos. Dentro estan las esclavas y se enterarán del caso. Aristodemo puede tambien venir. ¿Como huir entonces? Lo mas acertado será verla aquí mismo. Por aquel lado nadie nos puede sorprender; en este haré que se coloque Alcestes y nos avise con tiempo si alguien se adelantare; en esa otra puerta me estaré yo para observar á Aristodemo; y si el azar le condujese, ella corre á su aposento y tú aqui conmigo quedas, ó los dos en el mio nos entramos. Asi solos estaréis y seguros sin el menor recelo.

TELAMON.- Vé; vuela; yo iré contigo...

TALFINDAS.- No espera, observa si alguien viene; por Dios sé prudente; torno al momento.

Escena VIII

TELAMON.- Delicioso instante se me acerca. ¡Verla, oírla, salvarla! ¡O feliz de mí! pero, ¿como empezaré? cogiéndola en mis brazos y oprimiéndola aquí, en este corazón palpitante... ¿Qué digo? aun no es mi esposa. -¿Quién sabe si llegará jamás a serlo? ¡Insoportable pensamiento!- Pero ¿a qué me atormento? Yo la convenceré ardorosamente; sí; ella conocerá la necesidad y entonces... ya es mía. ¿Cual fuerza humana bastará a arrebátarmela? -¡Feliz pensamiento ha sido el nuestro! El cielo sin duda... Querían asesinarla. ¡Monstruos!... -¿No llegan? ¡Si ellos supiesen la horrible impaciencia... ¡Ah! no me ama Dirce, no, como yo la amo. ¡Ingrata!... ¡Pero cielos! ya se acercan. ¡Qué hermosa! ó amor inspírame persuasión y elocuencia.

Escena IX

TELAMON, DIRCE.

TALFINDAS se pone tras la puerta, del centro; ALCESTES se va a la izquierda.

TELAMON.- ¡O dulce prenda de mi corazón! ¿Con que al fin te veo? ¿Aun te anega el llanto? ¡O como traes impreso en el semblante el pesar que te tiene adolorida! Cosuélate cara mía.

DIRCE.- ¿Qué dices? ¿Qué? ¿La has visto? ¿Está libre? ¿Por qué no viene aun a verme? ¿Qué es de ella, dime: ¿donde está? ¡Triste madre mía! ¡O como me angustia su desgracia! por ella sola mi pensamiento...

TELAMON.- Y yo nada te intereso?

DIRCE.- Tú? Ah! y me lo preguntas? Pero ¿qué es lo que te ha encargado para mí? Talfindas me lo ha asegurado; habla; te lo pido.

TELAMON.- Me ha encargado que... que no te abatas, que procures por tu vida, que vivas salva y feliz para consuelo de todos.

DIRCE.- No te entiendo. ¿Que viva? ¿Y el Oráculo? ¡Ah! Muerte es lo que me aguarda y no vida y felicidad.

TELAMON.- ¡Ah! no; no morirás; ese, horrible delito no se perpetrará, no; te lo juro; como seas dócil á cuanto yo te diga, tú serás mia, y dentro de breves instantes. El día de mañana se levantará sereno para nosotros. Sí, amada: deten esas preciosas lágrimas: serémos felices.

DIRCE.- Ay Telamon, tus palabras me hacen temblar. Los sucesos de este día azaroso te han trastornado sin duda la razón. Tú deliras.

TELAMON.- No; no deliro: créelo: el buen Talfindas y yo hemos imaginado el modo de libertarte. El ara no se manchará con tu sangre inocente. Un hado enemigo te persigue; pero nosotros burlarémos sus tiros.

DIRCE.- Eso es imposible. Tu fantasía se ha alucinado. Los deseos te engañan. Supongo por un momento que haya medio para huir de mi padre: ¿como huiría después de mis remordimientos? No, amigo, no hay remedio: La patria está en el borde de su total ruina; miles de infelices están gimiendo unos de la peste, otros de fatiga, otros de hambre y todos en general esperan la muerte como término de tantos males. En medio de estos infortunios quieren los dioses tener misericordia de nosotros; piden, pero, un holocausto de sangre, y yo soy la víctima nombrada. Esta sangre será al menos la última que se derrame. La verteré gustosa. Sería la criatura más abominable á la vista del pueblo entero, á la tuya, y á la mía misma, si me sustrajese vilmente á mi glorioso destino. Mi padre, mi madre... y tú... tú... ¡Ah! esos son los clavos que me atraviesan el corazón.-Pero no; las prendas por quienes me era cara la vida no me harán vacilar. Si Mesenia ha de sucumbir, no será por mi culpa.

TELAMON.- ¡Qué dices! No me desesperes con tan duras palabras. ¿Te has creído acaso que es necesaria á la patria tu muerte? ¡Ah! ¡Qué error es el tuyo! El corazón, el brazo le quedan de Telamon y otros mil valientes que lo arrostrarán todo por ella. La espada y la lanza deben ser las que nos salven, y no un bárbaro y horroroso crimen.

DIRCE.- ¡Oh! ¿Qué profieres? no es crimen el que tu dices; es un solemne mandato del cielo, y desobedecerle sería irritarle más y más. ¡O cuán fulminante cayera su indignación sobre nosotros! ¡Miseria de mí! No, Telamon, no me hables más: el alma no me basta para soportar tan ominosa idea.

TELAMON.- Pero ¿de donde sabes que ese es mandato del cielo? ¿Porque una sibila lo ha declarado? Y prestas tanta fé á las palabras de una loca desenfadada? ¿No conoces que todas esas inspiraciones son ridículas y groseras fábulas? ¿Como te puede caber en la mente, que dioses omnipotentes y benéficos se complazcan en una espantosa inhumanidad, que de nada puede servirles sino de... horror?

DIRCE.- ¡Ah! ya lo dije: tú deliras, esta es la última desgracia que sobrevenirme podía. ¡Ah! repórtate; te lo pido encarecidamente: ese lenguaje me hace estremecer. Tú que debieras consolarme, tú te complaces... ¡cruel!... en martirizar... mi corazón.

TELAMON.- ¡Oh! No llores, amada, te lo repito; no deliro: He dicho que venia á salvarte; y esta es la verdad. Tus expresiones me hacen desconfiar... Pero no, no serás tan tenaz que quieras acabarme de dolor. Te ruego por tu bien por el de tu madre y... no quiero decir por el mio porque parece que ya me odias...

DIRCE.- ¡Ingrato! ¿cuando acabarás...

TELAMON.- ¿Yo? ¡Ah! Pero... escucha; no has de huir como te has figurado; nada de eso, el medio es el mas sencillo; el mas natural... Las mismas palabras del Oráculo nos le facilitan: la sibila nombró una; vírgen; oye, Dirce mia; declararé á mi padre, al tuyo, y á Mesenia toda, que tú eres mi esposa en secreto ya hace mucho tiempo. Este debia ser tu destino, y no se nos puede culpar.- Nuestros padres se indignaran tal vez al primer ímpetu, pero nos aman entrañablemente; hemos anticipado su voluntad nos perdonarán de todo corazón, estoy cierto de ello viviremos felices...

DIRCE.- No prosigas; me sonrojo de oírte. Me pensé merecer mas elevado concepto. Creia tener un amante de alma mas noble.

TELAMON.- Pero escucha...

DIRCE.- No, harto dijiste. ¿Qué pretendes? ¡insensato! ¿que pierda el honor y la fama, que engañe á mi padre y al pueblo entero, y para qué? para ver cobardemente á costa de todos ellos, para ver morir los pocos que restan, y correr rios de sangre inocente, y desplomarse Itoma bajo el peso de la maldicion divina? ¿Es este el amor que me tienes? ¿es este el consuelo que querias darme? ¿para esto me has hecho venir aqui? Sabe pues que mi resolucion está para siempre formada; sabe que solo espero el momento de que se me llame, para correr sumisa á postrarme sobre el ara y morir...

TELAMON.- ¡Ah! calla por piedad. Me estás atravesando el alma, ¡Cruel! Quieres morir cuando he hallado un medio de salvarte? ¿Una vana preocupacion podrá mas que mis súplicas, mis suspiros, mi desesperacion... ¡Ah! ¿qué haria, que diria yo para convencerte?

DIRCE.- Nada; es imposible convencerme: ya te lo he dicho y te lo repito, mi propósito es irrevocable.

TELAMON.- ¿Y tu madre? Tu madre que ya anegada en llanto...

DIRCE.- ¡Oh! ¡cuanto la compadezco! ¡Me amaba tanto! ¡Ah! dile que me perdone si no admito el partido que tú me propones: hazle reflexionar cuan contrario es á mi virtud. Ella misma se arrepintiera de haber dado el ser á una hija tan vil; una hija que ahora es

inocente y dentro de poco se convertiría en el objeto mas despreciable de la naturaleza. Sí; mi muerte os causará un dolor agudo, pero breve, y... último.

TELAMON.- Pero ¡como! ¿Será cierto que nada podré lograr...

DIRCE.- Es imposible.

TELAMON.- El que yo te vea morir es imposible: ¡Cruel! ¿Tú quieres morir y matarme? Ya que tienes tanto valor, contempla la primera víctima.

Saca la espada y quiere herirse. DIRCE se precipita sobre él para detenerle.

DIRCE.- ¡Ay de mí! ¿Qué haces? ¡Telamon!

TELAMON.- Déjame, déjame... yo haré que pruebes la desesperación que...

Escena X

TALFINDAS entra por el centro corriendo.

TELAMON, DIRCE, TALFINDAS.

TALFINDAS.- Huid. ¡O cielos! ¿Qué es esto? Aristodemo llega.

DIRCE.- ¡Ay! ¡mi padre! ¡Miseros de nosotros!

TALFINDAS.- Dame aquí esa espada. -Huye, Dirce, á tu estancia; corre.

TELAMON.- No, no, detente. ¿Te resuelves por fin? ¿qué me dices?

DIRCE.- ¡Infeliz! yo...

TALFINDAS.- Empujando á DIRCE. Huye; pronto, que llega... Tornaréis á veros... A TELAMON. Vase DIRCE por la derecha. Ven conmigo, huyamos.

TELAMON.- No; quiero seguirla. Quiero á sus pies morir...

TALFINDAS.- Reportate, vuelve en tí; presto la volverás á ver; si Aristodemo te halla en esta situacion!... ven, ven, corramos. Se le lleva por la izquierda.

Escena XI

ARISTODEMO.

Sale por el centro.

ARISTODEMO.- ¡No palpites, corazon!-¡Cuan presto torna el Gran Arúspice!-Todos son activos para el bien de la patria menos yo.- Si á él le costara lo que á mí!...

Entra un oficial por la izquierda.

OFICIAL.- Señor. El Gran Arúspice...

ARISTODEMO.- Le espero. Vase el oficial. Es fuerza ocultar las lágrimas delante de este ministro. La sensibilidades para mí en tales instantes una vil flaqueza. Los gritos de la naturaleza deben callar cuando se habla de la religion y de la patria.

Escena XII

ARISTODEMO, GRAN ARÚSPICE y su acompañamiento.

Entran por la izquierda.

ARISTODEMO.- Bien llegado seas, ilustre amigo. Te he visto venir, me he apresurado á salirte al encuentro. Tu vuelta ha sido mas rápida de lo que yo esperaba.

GRAN ARÚSPICE.- Nunca se va con suficiente diligencia, Aristodemo, en asuntos de tanto interes y trascendencia. En el corto espacio de tiempo que de aqui he estado ausente, lo he ordenado todo. El rey ha dado ya la órden para que se formen con precipitacion las tropas. Telamon como á gefe principal que es, saldrá muy en breve á la cabeza de los mas valientes, para atacar al enemigo y prevenir asi el asalto que sufrir debemos esta noche. Nadie sospecha que sea falsa esta alarma: tan solo el rey y nosotros lo sabemos. ¿Qué te parece? ¿Lo he dispuesto bien?

ARISTODEMO.- Sí... ¡muy bien!

GRAN ARÚSPICE.- Ya es hora pues de que yo vea á Dirce. Telamon saldrá dentro de momentos. Tu hija se ha de engalanar despues que yo la prepare: en el interin podria él ser rechazado y volver aqui ántes de acabar el holocausto; y entonces nada hubiéramos hecho. Ya ves que el tiempo urge: no hay que perder un instante.

ARISTODEMO.- ¿Urge? ¡Ah!... Sí... voy por ella.

GRAN ARÚSPICE.- ¿Aqui la vas á conducir?

ARISTODEMO.- Sí; no es regular que te molestes tú. Ella vendrá aqui conmigo.

GRAN ARÚSPICE.- Está bien. A su acompañamiento. Vosotros retiraos. Esperadme en el balon de la entrada hasta que se os llame.

Vanse.

Y tú tambien, Aristodemo, será mejor que te retires. Es preciso que me hable con libertad: He de penetrar á fondo sus mas secretos pensamientos: me ha de abrir enteramente su corazon. Yo he de ofrecer en el ara una víctima pura y voluntaria; este es el único medio de salvarnos completamente.

ARISTODEMO.- ¡Qué medio!... Solo quedarás. Nadie te interrumpirá; nadie te escuchará.

GRAN ARÚSPICE.- Vé pues; ten ánimo: ya te espero. Vase por la derecha.

Escena XIII

GRAN ARÚSPICE.- ¡Ah! ¡si supieran ellos que el autor soy yo de este sacrificio! ¡cuan abominable es el carácter que estoy representando! ¡Desdichada Dirce!.. Pero... no hay remedio: satisfacer es preciso la pasión que me abrasa. ¿Verla yo en brazos de Telamon? ¿poseerla un rival orgulloso y correspondido... No; primero la inmolaré mi mano. Este ambicioso; para sentarla sobre el trono le ha enseñado á amarle. El rey lo desea: todos se han conjurado contra mí. No importa: yo triunfaré de todos. -¿De que me hubiera servido declararles el secreto de mi corazón? Me hubieran despreciado: no soy jóven ni príncipe. -El golpe es tremendo, pero seguro. -¡Ah, ella me odia; lo conozco: siempre que le he hablado de amor, me ha dirigido á sus padres. ¿Y por qué? porque no habia de hacerlo. Adora á su Telamon cuanto yo le aborrezco; y á mí... me desprecia. -Con todo ¡la ingrata! si sentir pudiera por un momento la tempestad de mi corazón! ¡si las furias viese que me estan devorando las entrañas! -Pero, pronto se acabará este suplicio. Su sentencia está pronunciada... é irrevocablemente. Ahora mismo... aqui se decidirá su suerte. Ya se acercan. ¡Ah! ya la veo trémula y llorosa. ¡Ah! nunca tan interesante me ha parecido. ¡Animo! ¡resolucion! ó serás mi esposa, ó serás víctima de mi furor.

Escena XIV

GRAN ARÚSPICE, ARISTODEMO, DIRCE.

ARISTODEMO.- Sí, hija mia; ya lo sé; tu virtud conozco, pero no importa; este acto es preciso; este virtuoso y respetable ministro derramará un bálsamo saludable sobre las heridas de tu corazón. Quédate con él, y agradece sus desvelos. -En tus manos la confio, benigno protector nuestro; sé su segundo padre. A mí me falta... el... valor...

GRAN ARÚSPICE.- Sí, amigo, descansa en mí; retírate de esta escena. Vase por la izquierda.

Escena XV

GRAN ARÚSPICE, DIRCE.

GRAN ARÚSPICE.- Ven, hija mia, acércate aquí, á mi lado; no temas: ¡O como tienes los ojos arrasados de llanto! desahoga tu corazón. Da libre suelta á las lágrimas: no creas que venga yo con faz severa para acriminar tu flaqueza; al contrario; solo deseo aliviar tu desgracia, consolarte...

DIRCE.- Basta; lo agradezco he venido por obedecer á mi padre; la muerte no me intimida; el cielo lo ordena y la espero con ánimo sereno.

GRAN ARÚSPICE.- Grandes son esas palabras; dignas á la verdad de una alma sublime como la tuya; con todo, á tu edad, con tantos atractivos, con las esperanzas que habías alimentado, ¡es tan sensible tener que morir!

DIRCE.- Mi muerte la vida da, á millares de tristes, ¿Cual esperanza pudiera yo nunca haber concebido mas gloriosa?

GRAN ARÚSPICE.- Pero ¿á cuantos no la quitará tambien? ¡No te acuerdas de tu padre, de tu madre... ¡Ah! tu madre, ¡si la vieras! Desesperada, postrada en el suelo, apenas tiene ya fuerza para exalar un suspiro. ¡Infeliz! no ha podido resistir este golpe. Se halla en la extrema agonía.

DIRCE.- ¡Ay! ¡misera de mí! ¡Que me dices! Pocos momentos hace que yo en sus brazos la estrechaba...

GRAN ARÚSPICE.- Sí; Pero el violentísimo sentimiento ha aniquilado en cortos momentos su cuerpo delicado. No la verás mas.

DIRCE.- ¿No la veré mas? ¡Madre mia! ¡si salvarte pudiera!... ¡Fatal destino!...

GRAN ARÚSPICE.- No te aflijas tanto; modera ese dolor. ¡Cuanto siento habértelo dicho!

DIRCE.- ¡Ah! No... la veré mas!

GRAN ARÚSPICE.- Sí; la verás si tú quieres; aun puedes salvarla.

DIRCE.- ¿Salvarla?

GRAN ARÚSPICE.- Sí. salvarla; á ella y á tí tambien.

DIRCE.- ¿Y á mí tambien?

GRAN ARÚSPICE.- ¡Sí, ingrata! á tí tambien: yo te salvaré; yo á quien tanto has despreciado.

DIRCE.- ¿Qué dices? ¿Qué intentas?

GRAN ARÚSPICE.- Escucha; ya sabes la pasion que has encendido en mi pecho; te la he declarado mil veces y tú siempre has sido sorda á mis penas...

DIRCE.- ¡Como!... ¿No te he contestado siempre que mi padre era el árbitro de mi mano? Me has pedido que lo oculte á Telamon: ¿No te he dado gusto en ello? ¿A qué pues recordar ahora esas inútiles memorias?

GRAN ARÚSPICE.- ¿A qué? Oyeme. Tú estás en la inteligencia de que vas á morir esta noche, ¿no es asi? Pues esta misma noche quedarás enteramente libre, como te muestres mas benigna conmigo y á ser mi esposa te decidas.

DIRCE.- ¿Qué?...

GRAN ARÚSPICE.- Sí, Dirce mia; tú te admiras porque no concibes mi proyecto; pero atiende; todo estará dispuesto para que en el mismo instante del sacrificio pronuncie un oráculo que los dioses infernales te perdonan la vida y se conforman con que vivas, como desposándote sea conmigo y sirviendo de sacerdotisa en el templo.

DIRCE.- ¡Cielos! ¡qué escucho! ¿Y eres tú ministro de los dioses? ¿Y no tiembles que su ira truene sobre tu cabeza?

GRAN ARÚSPICE.- No importa; yo cargaré con todo el castigo, pero tú vivirás.

DIRCE.- ¿Qué me propones malvado? El cielo ha decretado que yo muera, ¿y quieres tu salvarme... y con un delito?

GRAN ARÚSPICE.- ¡Ah! Dirce mia, no creas que sea eso cierto. No quieren los dioses tu muerte.

DIRCE.- ¡Como! cuando un oráculo...

GRAN ARÚSPICE.- El oráculo fué dictado por mí; sí, ¡cruel! Ibas á ser entregada á un rival que detesto y mi pasion desesperada me dictó este medio como el último.

DIRCE.- ¡O Dios! Me hielas la sangre en las venas... pero no; tú pretendes sorprenderme, engañarme...

GRAN ARÚSPICE.- No te engaño, no; todo es obra mia: pudiera haber hecho decir al Oráculo que el cielo te destinaba para mi esposa; pero no; he querido que tú, tú misma desprecies á Telamon y á mi amor te entregues.

DIRCE.- ¿A tu amor? A mil suplicios primero. ¡Inicuo! La muerte es menos horrorosa que tu vista detestable.

GRAN ARÚSPICE.- Morirás, pues... y presto.

DIRCE.- No, infame. Yo declararé á mis padres, á Telamon, al rey tus infernales tramas...

GRAN ARÚSPICE.- Calla, no levantes la voz. Oye bien lo que te digo y tiembla. No que lo declares, solo con un leve indicio que des de lo que hemos hablado, el rey, tus padres, Telamon y cuantos amigos tienes, declarados serán como traidores, hollados por el pueblo, destrozados...

DIRCE.- ¡Ah! No. ¡Perdon; perdon!...

GRAN ARÚSPICE.- Y entregados por pasto á las bestias feroces...

DIRCE.- ¡Ah! ¡Por piedad, perdon!

GRAN ARÚSPICE.- Como tú no me prometas que nada has de decir...

DIRCE.- Sí; lo prometo, lo prometo.

GRAN ARÚSPICE.- ¿Juras que guardarás un secreto inviolable?

DIRCE.- Sí, lo juro; por todo lo mas sagrado lo juro.

GRAN ARÚSPICE.- Basta; pero tú ¿qué decides? ¿No quieres salvarte? ¿No serás mas benigna conmigo?

DIRCE.- ¿Contigo? ¡Monstruo abominable! ¿Contigo? ¡Ah! Huye de mi presencia; te odio, te detesto...

GRAN ARÚSPICE.- Prosigue pues en tu obstinacion; yo tambien seré implacable. Prepárate para morir: voy al templo á disponer el sacrificio y torno á buscarte dentro de breves momentos.

DIRCE.- Si, vé; al menos gozaré un instante el consuelo de no verte.

GRAN ARÚSPICE.- Aun tienes tiempo...

DIRCE.- ¿No vas, sanguinario verdugo? corre; apresura mi fin.

GRAN ARÚSPICE.- Voy... pero... acuérdate bien de lo que te he dicho: con una sola palabra... Todos serán mis víctimas. Vase por la izquierda.

Escena XVI

DIRCE.- ¡Dios mio! ¿Qué es lo que me sucede? ¿Y será cierto? ¡tigre feroz! ¿Qué te he hecho yo, para que así me hayas tornado para blanco de tu iniquidad? O Númen de Delfos, poderoso Apolo, ¿dejarás profanar impunemente tu cueva sacrosanta? Y tú alma Diana,^Ω casta protectora de vírgenes, ¿no oirás mis lamentos? Y tú, Némesis^Ω terrible, ¿tú tampoco tomarás á cargo mi venganza? ¡Ah! ¿No habrá algun dios en todo el Olimpo, uno solo no habrá que tenga piedad de esta infortunada víctima inocente? ¡Ay de mí! Nadie me escucha; no hay arbitrio; ya lo veo; he de sucumbir...

Escena XVII

ARISTODEMO, DIRCE.

ARISTODEMO.- ¿Qué dices, hija una? ¿Qué es?...

DIRCE.- ¡Ah! padre mio!...

ARISTODEMO.- ¿Estás temblando? ¿Vacilas?... ¡Ola!... Guardias!

DIRCE.- No, no es nada.

Sale un oficial por la derecha.

OFICIAL.- ¡Señor!

ARISTODEMO.- Que vengan al momento las esclavas de Dirce. Vase el oficial. ¿Pero qué ha sido? El parecía salir inmutado; postrada á tí te encuentro sobre el mármol...

DIRCE.- ¡Ah! Si supieses... no... perdona mi debilidad. Estas lágrimas eran á mi querida madre; pero no creas que tema la muerte; la espero con ánimo decidido.

ARISTODEMO.- Sí, hija mia; es preciso; descendiente eres de los ínclitos guerreros que vinieron desde el Oeta y el Parnaso á espulsar los opresores de Argos. Por tus venas corre la sangre esclarecida de aquel grande que libertó la tierra de tanto monstruo y tantos trabajos sufrió por el solo bien de la humanidad. Su muerte fué infeliz, pero el mando es pequeño para su fama. No será pues que tú desmientas tan gloriosa progenie.

DIRCE.- No, padre mio; estoy pronta, lo repito; pero un desconsuelo me abate. Mi madre... ¡Ah! Sé en que estado se halla: ¿Y no podré verla? ¿no podré despedirme de ella?

ARISTODEMO.- ¡Hija mía! lo que pides...

DIRCE.- ¿Serás tan cruel conmigo? ¡Siempre me habias amado tanto! Y esta súplica tan justa...

ARISTODEMO.- Sí; pero...

Salen las esclavas.

DIRCE.- ¿En el instante de morir, se me negará esta gracia? ¿No podré yo dar un abrazo estremo á la que me alimentó en su seno, á la que me dió la vida; á la que me enseñaba á bendecir tu nombre con labio balbuciente?...

ARISTODEMO.- ¡Ah! por Dios calla...

DIRCE.- Se arrodilla. No, no me levantaré de tus pies hasta que me lo concedas; hasta que mis últimos gemidos compasivo escuches.

ARISTODEMO.- ¡Ah! ¡levántate, hija mia! Sí... bien la verás; en el templo la verás: vé ahora á vestirte. El Gran Arúspice debe en breve tornar á buscarte...

DIRCE.- Sí, voy; has oído mis súplicas; ahora sí que reconozco á mi padre. El cielo te haga feliz...

ARISTODEMO.- ¿Feliz? ¡Ay!... sin tí...

DIRCE.- No llores, padre mio, que el corazón me partes...

ARISTODEMO.- ¡Ay! ¡Yo no sé que me sucede! Tomadla vosotras, a las esclavas conducidla á su aposento y vestidla... pronto... de gala.

Al tiempo de marcharse la llama otra vez la estrecha en sus brazos y cae sobre una silla. Ella vase por la derecha con las esclavas. ^Ω

Escena XVIII

ARISTODEMO, TELAMON, TALFINDAS.

Salen TELAMON y TALFINDAS por la izquierda, ARISTODEMO al verlos quiere marcharse.

TELAMON.- No, no huyas, cruel! yo soy Telamon, yo soy tu hijo; sí; quiero serlo á pesar tuyo; quiero postrarme y besar tus plantas, hasta que me vuelvas mi esposa, ó morir me veas de dolor...

ARISTODEMO.- Esto es demasiado; no estaba yo preparado para tal golpe. ¡O hijo mio! si supieras como se halla mi alma!

TELAMON.- ¿Y por qué- te quejas, si tú mismo eres tu verdugo?

ARISTODEMO.- ¡Funesto deber! ¡Oh! como podré sobrevivir á este fatal evento! Pudiese al menos sucumbir ántes de la hora infausta. ¡O hija mia! ¡hija idolatrada! ¿Seré yo quien al sangriento trance te conduzca?

TELAMON.- ¿Tú también lloras? ¿También te enterneces? ¡Oh! ¡como podía ser que te hubieses vuelto repentinamente tan despiadado! Ella te adora con toda su alma; es virtuosa como su madre, mansa como una paloma, y hermosa más que una flor. ¿La hubiera hecho el cielo tan perfecta para manchar con su sangre los altares? ¡Oh! ¿Como puede ser que tú ni un instante lo creas? ¡Ah! ya lo veo. El llanto te inunda el rostro; la quieres perdonar; la salvarás, serás nuestro padre...

ARISTODEMO.- ¡Ah! Si posible fuera!...

TELAMON.- Sí; lo harás, si no por ella, por su madre infortunada; por este infeliz que á las plantas humildemente se postra, que su padre te llama en lágrimas desecho y ahogado por los suspiros... te lo ruega... te lo suplica encarecidamente...

ARISTODEMO.- ¡O Dios! ¿donde estoy?... Entra un oficial. ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres?

OFICIAL.- Señor: me envía el rey con una orden para el príncipe Telamon.

TELAMON.- ¿Para mí? ¿Y cual es?

OFICIAL.- Que al palacio regio córras sin pérdida de momentos.

TELAMON.- ¡Cielos! ¡En qué instante! ¿Qué será? ¿Hay alguna novedad?

OFICIAL.- Solo sé que el palacio todo está consternado: tu padre anda muy inquieto; el pueblo entero está alarmado; las tropas formándose están rápidamente...

TELAMON.- ¿Sin mi orden?

OFICIAL.- Por orden del rey. Se dice que los enemigos para dar un asalto se adelantan. Yo nada he podido averiguar por el afán de hallarte. ¿Qué contestaré al soberano?...

TELAMON.- ¿Y ahora?

ARISTODEMO.- Vé, vuela, ¿que te detienes?

TELAMON.- ¡Ah!... ¡y mi Dirce!...

ARISTODEMO.- Y el peligro...

TELAMON.- Sí... mas... corramos.

Se van por la izquierda.

Escena XIX

TALFINDAS, ARISTODEMO.

ARISTODEMO.- ¡Ay!... respiro. ¡Infeliz!...

TALFINDAS.- ¿Qué novedad será esta?

ARISTODEMO.- No te inquietes. Es una estratagema ideada por el Gran Arúspice, para que Telamon fuera se halle de Itoma... en el momento de la catástrofe. Ya citaba yo fuera de mí. ¡O cruel situación la mía!

TALFINDAS.- Mucho interes se toma ese Arúspice en activarla.

ARISTODEMO.- ¡Ah! Sí. En esa actividad dice él que consiste la mas pronta salvacion de la patria.

TALFINDAS.- Muy sospechoso se me hace; yo temo que siniestras intenciones á obrar le inducen. Siempre ha mirado á tu hija con ojos apasionados. Telamon es para él un rival odioso. Nunca se atrevió á declararlo; pero recuerda cuantas veces observado lo habemos.

ARISTODEMO.- Sí; pero es mucha su virtud; venera demasiado á los dioses. Su pasion dominante es el amor á la patria y á la religion. Este le hace ver demasiado cercano el peligro. Yo no creia que hubiese tan pronta necesidad...

TALFINDAS.- ¿Qué necesidad ha de haber, señor, de tan horrenda barbarie? Inmolar atrozmente una virgen como tu hija para aplacar al cielo? ¿Y puedes creer que grata le sea tan sanguinaria oblacion? ¿Un oráculo lo ha declarado? ¿Y cuantos oráculos han salido falsos ó por mala esplicacion de la sybila, ó por no oirle bien los que le escucharon? Ademas ¿no puede haber otras vírgenes de la sangre de Epito? Aqui no se conoce mas que á Dirce pero quizá hay en Grecia otras muchas sin que hayan llegado á nuestra noticia. A haber querido el cielo su muerte ¿no la hubiera nombrado? A mas de esto, señor, ¿á que tanta precipitacion? Tenemos embajadores en busca de aliados. Los de Argos, de Elia, de Arcadia y de Ciciona para venir á nuestro socorro se estan preparando. Acabo de recibir carta de Polidoro, que ya sabes, nada de mí reserva, me lo avisa como seguro. Pronto llegarán las noticias oficiales...

ARISTODIEMO.- ¿Que dices? ¿es cierto?

TALFINDAS.- Sí, cierto; manda el sacrificio suspender: yo también te lo pido encarecidamente. Aun la veremos sobre el trono...

ARISTODEMO.- ¡Ah! ¡Pluguiera al cielo!

TALFINDAS.- Ya ves que todo se presenta con propicio aspecto. ¿Qué dices? ¿Le suspenderás, á lo menos algunos días?

ARISTODEMO.- ¿Y es cierto lo que refieres?

Entra un oficial por la izquierda.

OFICIAL.- ¡Señor!

ARISTODEMO.- ¿Qué hay?

OFICIAL.- El Gran Arúspice...

ARISTODEMO.- ¿El Gran Arúspice? ¡cuan presto!... que entre. Sale el oficial. Ya el Gran Arúspice llega para conducirla al templo... ¡Ay! ¿Qué decir? ¿Qué resolver?

TALFINDAS.- ¿Qué resolver? declararle que todo se suspende...

Entra el GRAN ARÚSPICE por la izquierda.

Escena XX

EL GRAN ARÚSPICE, acompañamiento y dichos.

GRAN ARÚSPICE.- Guárdeos el cielo benéfico. Torno con cuanta diligencia me ha sido posible á cumplir la palabra que te he dado. El templo está preparado ya; la víctima esperan los altares. Supongo que se estará disponiendo...

ARISTODEMO.- ¿Mi hija?...

GRAN ARÚSPICE.- ¿Pues qué... Pero, ¡cuan turbado tienes el semblante! ¿Qué novedad es esta? ¿Qué sucede?

TALFINDAS.- Yo te lo diré, Gran Arúspice: Aristodemo, cediendo á los unánimes ruegos y consejos de todos sus amigos, ha resuelto no sacrificar como tú deseas á su hija.

ARISTODEMO.- Al menos algun tiempo suspenderlo...

GRAN ARÚSPICE.- ¿Como? ¿Qué escucho? Absorto estoy. ¡Cuando el cielo lo ha decretado solemnemente... ¡y despues de haberlo decidido!... ¿Ahora te retractas? Serás menos grande que Agamemnon?^Q

TALFINDAS.- Otro habrá sido quizá, y no el cielo el que lo ha decretado.

GRAN ARÚSPICE.- ¿Y quien á la sagrada profetiza inspirar pudiera...

TALFINDAS.- Tú mismo.

GRAN ARÚSPICE.- ¡Oh! ¡Qué estoy oyendo! ¡Es posible! Aparte al PRIMER ARÚSPICE de su acompañamiento. Id corriendo... al pueblo... ¿me entiendes?

GRAN ARÚSPICE.- Sí, voy. En voz alta. Cumpló con la orden vuestra. Al acompañamiento. Vamos.

Vanse.

GRAN ARÚSPICE.- Id en buen hora; no quiero que testigos seais de los escándalos que pasan; de las impiedades que tan osadamente se profieren en este palacio.

ARISTODEMO.- Te has propasado, Talfindas...

GRAN ARÚSPICE.- Increible me parece lo que he oido. ¡Pretender calumnarme de impostor y de...

ARISTODEMO.- Sí; fué una ligereza, respetable ministro; su indiscrecion disimula; yo solo he decidido suspenderlo porque aun podemos salvarnos. Los poderosos aliados que á llegar van en breve, nos sacarán de tan cruel situacion. Quizá tampoco quiere su muerte el cielo. Calcas pronunció la de Ifigenia, y al tiempo del holocausto por una mano oculta y divina fué robada.

GRAN ARÚSPICE.- Pero su padre la ofreció sobre el ara y los dioses con su obediencia se contentaron. Pero, no, demasiado lo veo: este maligno amigo de Telamon, este mal patriota este impío te ha trastornado la razon. ¡Qué malicia! Hasta sospechar de mí!...

TALFINDAS.- Tal vez es harto cierta la sospecha, cuando tanto te amarga.

GRAN ARÚSPICE.- ¿Cierta? Yo de tan indigno ultrage te haré arrepentir. Pero... ¡Cual gritería es la que oigo! ¡Qué de voces confusas á herirme llegan el oido!

TALFINDAS.- Es verdad. En la plaza es el rumor.

ARISTODEMO.- Sí... yo también le distingo; ¡ó como crece! ¿Qué será? Vé Talfindas, corre, vuela á saber lo que sucede. Vase.

Escena XXI

ARISTODEMO, GRAN ARÚSPICE.

GRAN ARÚSPICE.- ¡Oh! ¡qué de males presagio! Nuestra hora es llegada. El fulminante brazo de la divina venganza está armado, y á caer va con saña implacable. ¡Ah! ¿Por donde iré? ¿Por donde huiré? Rodeado estoy de fantasmas y de precipicios. ¡Oh! ¡Qué de hoscas tempestades se levantan en torno de mi cabeza! Todos los elementos se conjuran contra nosotros. Las nubes estan manchadas de sangre: la llama del sol se ha extinguido; toda la naturaleza está negra.

ARISTODEMO.- ¡O Dios!...

GRAN ARÚSPICE.- ¡O cuan presurosos se afanan los bárbaros Ciclopes!^Ω Las fraguas enteras del Etna no bastan para forjar tanto rayo. ¡O altísimo vengador tonante! ¿Para quien los destinás? ¿Para Itoma? ¡Miseros de nosotros! ¡cuanta desolacion! ¡cuanto estrago! ¡cuanta ruina!

ARISTODEMO.- ¿Qué dices? Yo desfallezco...

GRAN ARÚSPICE.- ¡Qué de horribles espectros me cercan! -Ya veo las furiosas Erinias^Ω con los ojos desencajados, descarnadas las manos, vestidas de hiel y de sangre, armadas de latigos serpentinicos é inflamadas antorchas... ¡Ay! ¿A quien buskais? ¿A Aristodemo? ¡Infeliz! ¡Ah! dejadle, dejadle! no merece tanto rigor: aplacaos: él se enmendará.

ARISTODEMO.- ¡Ay! ¡los cabellos se me erizan!

GRAN ARÚSPICE.- ¡O cual imprevisto estruendo estrepitoso viene repentinamente á helarme de espanto! El Erebo^Ω cavernoso se ha abierto ánte mis ojos. Sísifo...^Ω Tántalo...^Ω

Prometeo^Ω ¡O qué horribles gemidos despiden vuestras bocas desesperadas! El rabioso Cervero^Ω ladrando os responde con sus tres fauces á un tiempo. Las gigantes paredes, los antros vastísimos retemblando estan de tanto alarido. Y tú tambien, terrible é inexorable Pluton,^Ω tú mas que todos con el estampido de esa voz ronca y formidable, atruenas el cóncavo Tártaro^Ω profundo. Pero! oh! ¿cual nuevo increíble tormento preparando estás? ¿Para quien dices? ¿Para Aristodemo? ¡Ah! ¡perdon! ¡perdon! Yo te imploro piedad, él entregara la víctima que tú pides...

ARISTODEMO.- Sí; la entregaré...

GRAN ARÚSPICE.- Él lo promete, lo jura.

ARISTODEMO.- Sí; por la laguna Estigia lo juro.

GRAN ARÚSPICE.- ¡Ay... donde estoy!... no se lo que me sucede...

ARISTODEMO.- ¡Qué de calamidades! ¡Qué horrorosas visiones!

GRAN ARÚSPICE.- ¡Ah! no sé; hablaba por inspiracion divina; ¿estás turbado? ¿qué dije?

Entra TALFINDAS por la izquierda.

Escena XXII

TALFINDAS, GRAN ARÚSPICE, ARISTODEMO.

TALFINDAS.- El pueblo entero está amotinado en la puerta. La voz se ha esparcido de que tú te niegas al sacrificio. Subir quieren ellos mismos por la víctima. La guardia se ve muy apurada para detenerlos.

ARISTODEMO.- ¿Yo negarme? Corramos al templo. Sepan quien es Aristodemo. Con ademan de entrar en la estancia de su hija.

GRAN ARÚSPICE.- Detente, no conviene ahora; el pueblo alborotado bárbaro asesinarla pudiera por su propia mano. Telamon aun no habrá partido; ven; sal conmigo; vamos á calmar la plebe prometiendole lo que piden, y esa falsa voz desmintiendo que los ha exasperado.

ARISTODEMO.- Vamos.

Vanse.

Escena XXIII

TALFINDAS.- ¡Ah! ¡infame hipócrita! ahora te conozco. Los Arúspices que con el pretexto de que no oyesen mis blasfemias despediste, han sido los autores de esta conmocion. Sí; tú les distes la órden; no hay que dudarlo. ¡Ah! Y será cierto que la infeliz haya de ser al fin víctima de tus artes infernales? Y un medio no habrá de evitar tan inminente catástrofe? -De nada ha servido cuanto he intentado hasta ahora. Los arbitrios que restan peores son aun que el mismo mal.- ¿Y porque te he dicho la verdad me amenazaba?»?... ¡Bárbaro!

Escena XXIV

TELAMON, TALFINDAS.

TELAMON.- ¡Ay Talfindas! ¡único amigo mio! ¿Quién había de creer lo que me sucede? Estoy loco; estoy desesperado.

TALFINDAS.- ¿Qué es? Habla.

TELAMON.- Los Espartanos van á dar un asalto. Mi padre presentarme me ha mandado sin pérdida de momentos á la cabeza del ejército disponible, para detenerlos con un ataque, al primer movimiento que en su línea observe. Me he querido resistir, pero ¡que nunca lo hubiese hecho! Ha sido tal su cólera que me ha llamado cobarde y me ha echado su maldición. Aterrado yo, no he querido salir hasta oírle revocar tan cruda sentencia. Conservando empero un resto de esperanza, volaba hácia este fatal palacio para ser si convencer podíamos á mi Dirce; pero ¡ay de mí! Una muchedumbre soez y sanguinaria me ha cercado por todas partes, pidiendo á gritos descompasados su muerte. El ejército, la nobleza, la plebe... todos se han conjurado; mis amigos me han abandonado; ¿lo creerías? Ni uno solo se ha presentado á mi lado y aun algunos entre mis contrarios he distinguido. ¡Ingratos! Después que toda mi sangre por vosotros he derramado, ¿robarme queréis la esposa? ¿Es este el pago de mis servicios? -No hay remedio, Talfindas; lo veo; hemos de sucumbir. Pero ¡ah! si ellos son todos malvados, yo ser vil no quiero. Escucha; he formado una tremenda irrevocable resolución. A morir voy esta noche. Siempre he demostrado una alma grande y quiero como valiente acabar. Cuando el ejército á entrar vuelva en la plaza traeranme á mi sobre mi escudo.^o Yo adoraba á Dirce; separarnos pretenden; yo sabré reunirme con ella. Abreviar podía con esta espada mis tormentos; pero no; mi vida fué para la patria; quiero también que lo sea mi muerte. Así quien era Telamon se verá.- Y tú, amigo del alma, ¿sabes á qué he venido? A despedirme de tí y de mi infeliz amada. ¡Ah! bien este consuelo me proporcionarás, ¿no es cierto? pronto; pronto.

TALFINDAS.- ¡Qué pensamiento... Aparte.

TELAMON.- ¿Qué dices? ¿Vacilas, amigo? ¿Qué dificultad puede haber...

TALFINDAS.- No; ninguna; aguarda un instante. Vase.

Escena XXV

TELAMON.- ¡O grata morada do tantas horas deliciosas he pasado; objetos amables á mis ojos; insensibles paredes que tantas ternezas habeis oido de mi labio; vuestro amigo se va y no volverá mas. Dentro de breves momentos os daré el adiós postrero. -Yo esperaba pasar mi vida á su lado, y no sabía que el lecho de nuestra union no había de ser el tálamo sino el sepulcro.- Las ilusiones de felicidad se desvanecieron como el humo.- No una débil esperanza me resta. ¡O desconsuelo! ¡O desesperacion la mia!-¡O Dios que has criado el cielo y la tierra, Dios benigno y poderoso! lo único que te pido, es que mi

cuerpo no destrozado sea ó perdido en el campo de batalla. Han conseguido separarnos en vida: nuestras cenizas reposarán al menos unidas eternamente.- ¡Ay! ¡ya se acercan!

Escena XXVI

TALFINDAS, DIRCE, TELAMON, ALCESTES.

TALFINDAS.- Aquí tienes á tu Dirce

TELAMON.- ¡Ay!

TALFINDAS.- Yo á detener me voy á Aristodemo cuanto pueda.

TELAMON.- ¡Dirce mia!...

TALFINDAS.- Alcestes una señal hará asi que nos veá venir.

TELAMON.- ¡Prenda cara!...

TALFINDAS.- Y entonces el último abrazo darse. ¿Lo oyes? A la señal de Alcestes...

TELAMON.- Sí; vé amigo.

TALFINDAS.- Sal conmigo, Alcestes; lo que has de hacer sabrás.

Vanse.

Escena XXVII

TELAMON, DIRCE.

DIRCE.- ¿Qué es? ¿Que nuevo pesár te aflige?

TELAMON.- ¡Ay! yo creia ser mas firme. Ese vestido... yo desfallezco.

DIRCE.- Sí; este vestido es el de muerte: solo falta que la funesta guirnalda me ciñan para conducirme al ara.

TELAMON.- ¡Ah! sí; no hay arbitro; es fuerza sucumbir. Tú acceder no quisiste á mis plegarias; ni querrias ahora tampoco. El ejército, el pueblo entero, bárbaro y feroz te está aguardando. Los han alarmado, los han amotinado. Todo se conjura contra tí. Alguna

mano oculta te persigue. ¡Ah! ¡si yo descubrirla pudiese! Al menos no murieras inulta; pero ahora!...

DIRCE.- ¡Ah! déjala sea cual fuere. Sus remordimientos y los dioses vengadores le castigaran. Al cabo yo no habia de ser inmortal. Por la patria muero; mi fin es glorioso. Mi nombre será bendecido en Mesenia, y del mundo entero respetado.

TELAMON.- ¡Alma sublime! Tú, vírgen débil y sensible, fortaleza inspiras á un guerrero soberbio y valeroso. Sí; tú me enseñas el alto camino, y yo seguir sabré tan magnánimo ejemplo. Yo demostraré á nuestros bárbaros enemigos que eramos dignos de vivir unidos y nacido habíamos el uno para el otro. Yo moriré esta noche como valiente, derramando cual tú mi sangre postrera por la patria ingrata.

DIRCE.- ¡Oh Dios! ¿Qué dices?

TELAMON.- Sí; mi padre me ha impuesto tiránicamente que ora mismo contra los enemigos salga. Imposible me es el salvarte. Moriré matando. ¿Como yo á un suelo humeante de tu sangre volver pudiera?

DIRCE.- ¡Ah! por Dios no lo tornes á decir, Telamon. ¿Angustiar quieres mis últimos momentos? ¿Quieres añadir acibar al trago ya harto que me espera? ¡Ah! no; tú has de vivir largos años para delicia de todos, y feliz... como tú mereces...

TELAMON.- ¿Yo feliz? ¡Ay Dirce mia! Sembrada está toda la senda de la vida de agudísimas espinas. Plagas, tempestades, guerras, desastres sin límites... ¡Ay!... El único consolador de tanto infortunio es el amor. Este seria para mí el manantial eterno del mas crudo é insoportable tormento. ¿A qué pues quedarme un instante en esta tierra de llanto?

DIRCE.- ¡O qué negras ideas te anublan la mente!

TELAMON.- Vamos los dos á morir ¿y quieres que vea imágenes halagüeñas?

DIRCE.- ¿Los dos?... ¡Ah! No, tú no; eres príncipe es verdad, pero tambien guerrero é individuo de la gran patria. Tu deber es consagrarle tu vida entera. El honor y la virtud robarle un solo momento te prohiben.

TELAMON.- Mi deber como príncipe, es sacrificarme por mi pueblo, siempre que él lo haga por mí. Yo lo he cumplido hasta ahora y heroicamente. El con bárbaro egoísmo me ha demostrado el primero su ingratitud. Rotos estan los lazos que nos unian. Soy príncipe, guerrero y ciudadano; muriendo en el campo de batalla cumplo á la vez con todas mis obligaciones.

DIRCE.- Pero si el pueblo te idolatra y...

TELAMON.- No insistas, Dirce; mi determinacion es irrevocable.

DIRCE.- ¡Ah! ¡Cruel! ¿Quieres redoblar mi suplicio? ¡Qué horóscopo tan fatal fué el mio! Todas mis delicias y esperanzas se han repentinamente tornado en llanto y en consuelo! ¡No hay un ser en toda la naturaleza, que se me muestre amigo!

TELAMON.- ¡Ah! ¡Cuan poco el estado de mi alma conoces!

DIRCE.- ¿Quieres que lleve al sepulcro la idea horrorosa de que he causado tu muerte?

TELAMON.- La muerte es ya para mí una felicidad.

DIRCE.- ¿Y mi madre, bárbaro? ¿Mi madre que te amaba mas que á mí misma? ¿Quieres abandonarla? ¡Ah! No soportar podrá tan acerbos y repetidos golpes. El dolor agudo acabará en breve su débil existencia.

TELAMON.- ¡Infeliz!... ¡Ay de mí!

DIRCE.- ¿Y quien se llegará á visitar mis exánimes cenizas? ¡Ah! ¡Yo que habia lisongeadado que alguna mano piadosa vendria á derramar flores sobre mi tumba! Yo esperaba el bálsamo delicioso de alguna lágrima compasiva! pero ¡ah! ni este débil consuelo me resta. Mi desamparado sepulcro será tétrico y silencioso, como la oscuridad de la noche...

TELAMON.- ¡Ay mísero de mí!... Yo no puedo resistir...

DIRCE.- ¿Te enterneces, ingrato? ¿Y no me concederás lo que te ruego? ¿Una sola gracia que desde que te amo te he pedido? ¡Ah!... Sí... vive. Yo te lo suplico, de rodillas. Se arrodilla.

TELAMON.- ¡O Dios! ¿Qué haces?

DIRCE.- ¡Mi tierno amigo! ¡Único amor mio!

TELAMON.- ¡Ay Dirce! Nunca oido habia de tu labio tan deliciosos acentos.

DIRCE.- ¡Ah! ¡Si leerme pudieras en el corazon, y ver el amor inmenso con que yo te adoraba... Se oye una palmada. ¡Ay! ¡que ya estan aqui! vive, vive; ¡adios!

TELAMON.- ¿Qué... ¿un abrazo...

Ella se vuelve, abre los brazos y se precipita el uno sobre el otro.

Escena XXVIII

ARISTODEMO, TALFINDAS, TELAMON, DIRCE, sus esclavas, pueblo, soldados.

ARISTODEMO.- ¡Qué veo! ¡Infames! ¡Pérfida!

Saca la espada, TALFINDAS le detiene; TELAMON saca la suya: DIRCE se arroja sobre él y dice.

DIRCE.- ¿Qué pretendes? ¡infeliz! ¡Contra mi padre!...

Le arranca la espada y la arroja lejos de sí; ve que ARISTODEMO se suelta de los brazos de TALFINDAS y quiere huir llevándose de la mano a TELAMON.

ARISTODEMO.- Déjame, déjame.

Se suelta de los brazos de TALFINDAS en el instante que DIRCE arroja la espada. Corre, los alcanza y atraviesa a DIRCE que cae espirando.

DIRCE.- ¡Ay! ¡Padre!... ¡Telamon!...¡Madre mia...!!!

TELAMON sorprendido la sostiene, en sus brazos; las esclavas la cercan; el pueblo queda aterrado.

ARISTODEMO.- Mira, recreáte en su sangre; ¡infame seductor! en esa sangre que lavar ha sabido mi afrenta y su ignominia.

TALFINDAS.- Calla ¡bárbaro monstruo! La hija era tan inocente como el día en que abrió los ojos. Te dije que ya era esposa del príncipe Telamon. Sí; mas solo fué por salvarla del suplicio que le preparabas. ARISTODEMO, queda sin movimiento. Pero ¿tienes aun sed de sangre? ¿por qué no me atraviesas a mí también y el pecho, hombre implacable?

TELAMON.- ¡Dirce! ¡Dirce!...

ALCESTES.- Sí; demasiado cierto es cuanto dice Talfindas. Yo instruido por él, la señal hice de que venías cuando ya en el linde estabas de la puerta, para que hallándolos abrazados creyeras tú su acusación aunque negarla pretendiesen. ¡Pensámos salvarla a pesar suyo, y la hemos muerto!

TELAMON se alza rápidamente con muestras de desesperación: mira a ARISTODEMO y busca su espada diciendo.

TELAMON.- ¡Malvado! Mi acero: ¿donde está mi acero?

Coge la espada para ir contra ARISTODEMO; TALFINDAS y los demás corren hacia él y le detienen. En este instante ARISTODEMO vuelve de su estupor, busca con ojos desencajados el cadáver de su hija; se hace paso por entre el pueblo y las esclavas y se atraviesa sobre ella.

¡Dios mio! Esclama TELAMON al tiempo que se suelta de los brazos de sus amigos, deja caer la espada y se precipita sobre ellos abrazándolos.

TALFINDAS.- ¡Ay! ¡Infeliz!... ¡Otra muerte! ¡O dia horroroso! ¡Dia de sangre! ¿Y tú justo cielo, no fulminarás tu divina venganza contra el autor execrable de tan horribles atentados? ¿Y permitirás que goce impunemente el fruto de sus iniquidades?

TELAMON.- Se levanta precipitadamente y esclama. ¿Quien es? ¿De quien hablas?

TALFINDAS.- Ese Gran Arúspice, ese impostor abominable, es el que inventara el sacrificio, el que ha alborotado el pueblo, el que toda esta lamentable catástrofe ha causado...

TELAMON.- ¡Justos cielos! Arranca la espada que lleva ceñida TALFINDAS y sale corriendo por la izquierda.

TALFINDAS.- ¡Ay! ¿Dónde corres?... Pero sí, vé; asesínale; despedázale el feroz corazon sin piedad... mas ¡ah! no... ¡Qué estragos! ¡Dios mio! ¡Qué de sangre! Dirce exánime; Aristodemo espirando: Telamon que á redoblar vuela la mortandad... ¡Ay! ¡cuanta víctima! Mira, el pueblo, este es el fruto de la ignorancia y del ciego fanatismo.

FIN